

# No todo sirve ni vale: una crítica al anarquismo metodológico de Feyerabend

Eduardo Harada O.

Prof. de Carrera Titular B en la ENP de la UNAM  
y miembro del Círculo Mexicano de Profesores de Filosofía.

**Recibido:** 21 de agosto de 2005.

**Aceptado:** 10 de noviembre de 2005.

“...la emoción que late tras una oración... sólo puede apreciarse correctamente si se conoce previamente el estilo en el que esa oración está escrita” (Paul Feyerabend, *Ciencia en una sociedad libre*, p. 153).

Paul Feyerabend, filósofo de la ciencia de origen austriaco (1924–1994), es considerado por muchos como un “posmodernista” que estuvo en contra de la ciencia y de la racionalidad, pues, la primer regla de su anarquismo epistemológico o metodológico dice “todo vale” o que “todo sirve”; sin embargo, esta regla tan sólo implica un cuestionamiento de la idea de que la ciencia tiene una estructura inmutable y que existe un método científico infalible, es decir, en el fondo, es la propuesta de un racionalismo más razonable al cientificista.

## I. Introducción: el estilo Feyerabend

En el “Prólogo a la edición castellana”, Feyerabend reconoce que *Tratado contra el método* es “una obra muy imperfecta” y que, cuando la escribió, “no tenía una visión clara del conjunto”. Por su parte, en *Matando el tiempo*, su autobiografía y último libro, dice: “*Tratado contra el método* no es un libro, es un collage. Contiene descripciones, análisis, argumentos, que había publicado, casi con las mismas palabras, diez, quince, incluso veinte años antes”<sup>1</sup> y “los organicé en un orden adecuado, añadí transiciones, sustituí pasajes moderados por otros más agresivos y llamé ‘anarquismo’ al resultado”<sup>2</sup>.

Sin embargo, *Tratado contra el método* no sólo es la obra de Feyerabend más leída y conocida sino también la más “sistemática”, pues sus libros posteriores, además de no tener la estructura de un libro propiamente dicho (son meras compilaciones de ensayos sueltos), únicamente desarrollan, aclaran, precisan, etc., lo que ya había dicho en este libro. Si

existe un autor de un único libro, ése es Feyerabend. El libro está dedicado al filósofo de la ciencia húngaro Imre Lakatos pues, como aclara Feyerabend en la nota inicial, ese ensayo es “la primera parte del libro sobre racionalidad” que tenía que ser escrito por los dos: él iba a atacar la posición “racionalista” y Lakatos iba a defender ésta. De ahí el estilo con el que está escrito: “una carta extensa y muy personal a Imre”, por lo cual “toda frase mordaz que pueda contener fue escrita pensando en una réplica más mordaz aún, de su destinatario”<sup>3</sup>.

Sin embargo, Lakatos murió en 1984 y no pudo escribir la segunda parte del libro, así que sólo podemos imaginarlos cómo habría sido su respuesta. Generalmente se tiende a ver a Feyerabend como la conclusión de un proceso de desintegración de la filosofía de la ciencia que comenzaría con la crítica de Karl R. Popper al positivismo, continuaría con el psicologismo, el sociologismo y el historicismo de Thomas S. Kuhn y llegaría a su culminación con el anarquismo feyerabendiano. Según esta bella imagen, Lakatos sería la superación y la única salida razonable ante las aporías, el irracionalismo, de las posturas anteriores.

Pero esta visión es falsa: las críticas de Lakatos a Popper, Kuhn y Feyerabend no son definitivas, sino que éstos pudieron haberlas respondido (y, de hecho, así lo hicieron) e, incluso, pudieron criticar, y efectivamente criticaron, al propio lakatosiano. Además, en algunos aspectos, la postura de Lakatos podría ser considerada más como un retroceso que un avance. Claro está que para darse cuenta de lo anterior sería necesario leer con cuidado a cada uno de esos autores. Pero leer y entender lo que dice Feyerabend no es fácil.

El historiador español de la filosofía Izuzquiza tiene un libro sobre el sociólogo alemán Niklas Luhmann que lleva como subtítulo “la teoría como escándalo”, el cual sería completamente apropiado para *Tratado contra el método*: la teoría como

<sup>1</sup>Matando el tiempo, p. 133.

<sup>2</sup>Ibid., p. 135.

<sup>3</sup>*Tratado contra el método*, p. IX.

escándalo, el escándalo de la teoría, la teoría del escándalo, la teoría escandalosa, ¡qué escándalo con esta teoría!, etc.

Escándalo desde el título mismo del libro (¿quién se atrevería a estar en contra del método científico?); por los autores que cita (desde Lenin y Marcuse hasta poetas) y por las frases propagandísticas, prácticamente *slogans* publicitarios, que aparecen a cada momento.

Oigamos a Feyerabend refiriéndose a la época de *Tratado contra el método*: “me gustaba escandalizar a la gente”<sup>4</sup> y “utilicé expresiones corrientes y el lenguaje del mundo del espectáculo y de la prensa sensacionalista”.<sup>5</sup>

Varias son las características del estilo Feyerabend, además del escándalo. Una de ellas es que parte de suposiciones plausibles, da buenas razones y, de repente, sin mayor aviso, llega a conclusiones que resultan contraintuitivas y que no se relacionan de manera directa con las premisas de las que partió. Otra característica es su paso del *ser* al *deber ser*.

Pero lo anterior son meras impresiones aisladas que no constituyen ni con mucho una crítica y es claro que no podemos quedarnos en esto. Es necesario, primero, olvidarse un poco de Feyerabend, segundo, leer lo que realmente escribió, tercero, analizarlo y, finalmente, criticarlo. Es importante distinguir entre sus tesis y el escándalo con el que las presenta; es indispensable separar lo que es verdadero, correcto y válido de lo que no lo es.

Dicho intento, sin embargo, puede parecer inútil tanto a los feyerabendianos (si los hay) como a los anti-feyerabendianos (que abundan), pues si Feyerabend es un anarquista, un irracionalista, como pretende, ¿qué sentido tiene criticarlo?

Sin duda resultaría un tanto absurdo tratar de imponer un orden o una ley a alguien que se presenta como anarquista, pero ¿por qué no ser más anarquistas que él?, ¿por qué no ser tan anarquistas que ni siquiera le hagamos caso a este presunto anarquista y sí, en cambio, a los procedimientos tradicionales? Si es verdad que “todo sirve” o “todo vale” (*anything goes*) —como nos dice la primera regla de su anarquismo epistemológico— la forma tradicional de leer, analizar y criticar será también válida y servirá de algo.

En este texto únicamente voy a exponer la primera regla del antimétodo o del “anarquismo epistemológico”: para mostrar que éste, lejos de ser un

“irracionalismo”, es tan sólo una búsqueda disfrazada de un *racionalismo moderado o razonable*.

Otra aclaración: en *Matando el tiempo* Feyerabend cuenta que muy tempranamente se dio cuenta de “la pobreza del razonamiento filosófico abstracto”<sup>6</sup>. También dice que descubrió que “había dos tipos de tumores que debían ser extirpados: la filosofía de la ciencia y la filosofía en general (ética, epistemología, etc.) y dos áreas de la actividad humana que podían sobrevivir sin ellas: la ciencia y el sentido común”<sup>7</sup>.

Contrariamente a lo que piensa Feyerabend, creo que el pensamiento abstracto filosófico sigue teniendo una función importante y necesaria; es verdad, es un grave defecto quedarse en el nivel de la pura especulación sin regresar a los casos concretos de los que se partió, o se debió haber partido, pero es igualmente dañino, además de insostenible, quedarse en lo supuestamente “concreto”. Me disculpo, pero no tengo otras herramientas para criticar a Feyerabend que las que me proporciona la lógica; no estoy diciendo que únicamente se pueda criticar con base a la consistencia lógica, pues, evidentemente, también se pueden aportar pruebas empíricas, históricas, etc., pero, repito, esas consideraciones no tienen sentido si lo que se trata de probar o criticar ni siquiera es consistente; por ello, en este escrito me limitaré a señalar lo que vale y sirve en el anarquismo metodológico feyerabendiano desde un punto de vista filosófico.

Existe una versión anterior del mismo libro titulada en español *Contra el método*. Son evidentes algunas de las diferencias entre ambas ediciones, por ejemplo, en cuanto a la extensión. Pero una diferencia más importante es que en la segunda edición, la que estoy comentando, Feyerabend fue más radical. Por ejemplo, en la primera edición Feyerabend dice que “el anarquismo [...] puede procurar, sin duda, una base excelente a la epistemología” (op. cit., p. 11), lo cual no es tan radical pues implica que no rechaza por completo la epistemología o la filosofía de la ciencia, aunque sí pretende “refundarlas”. También es claro que en la primera edición Feyerabend no se opone totalmente a las reglas, sino exclusivamente a la idea de que existen “reglas ciertas e infalibles”, pues acepta que las reglas “han llevado al éxito a algunas personas en algunas ocasiones”, aunque también niega que sean “prescripciones y procedimientos ya preparados e inalterables”, ya que la práctica “puede desarrollarse siguiendo las más inesperadas direcciones”. Las reglas, nos dice Feyerabend, se basan en la experiencia y en la práctica y son “indicaciones” útiles, pero el individuo tie-

<sup>4</sup> *Matando el tiempo*, p. 135.

<sup>5</sup> *Ibid*, p. 138.

<sup>6</sup> *Ibid*, p. 135.

<sup>7</sup> *Ibid*, p. 136.

ne la libertad de elegir lo que se ajusta a cada caso (Ibid., p. 13). Por otro lado, la historia de la ciencia, nos dice Feyerabend, es “tan compleja, tan caótica, tan llena de error y tan divertida como las ideas que contenga” (Ibid., p. 15). En efecto, “la ciencia como realmente la encontramos en la historia es una combinación de tales reglas (ciertas e inalterables) y de error”. Por ello, “el científico que trabaja en una situación histórica particular debe aprender a reconocer el error y a convivir con él”. Como se ve, en la primera edición, Feyerabend no pretende eliminar las reglas sino, únicamente, “añadirles” una “teoría del error”, el cual, “por ser expresión de la idiosincrasia de un pensador individual [...] depende de las circunstancias” (Ibid., p. 12) y “se desarrolla según formas altamente inesperadas”. Y como “el propio error *es un fenómeno histórico*”, entonces “una teoría del error habría de contener por ello reglas basadas en la experiencia y al práctica” (Ibid., p. 13).

## II. La primera regla del anarquismo metodológico: todo sirve (contra el método)

La primera regla, principio o procedimiento del anarquismo metodológico o epistemológico de Feyerabend es “*todo sirve*” (*anything goes*), regla que está, evidentemente, en contra del metodologismo: la idea de que lo fundamental en la ciencia es su método, el método es lo que distingue al conocimiento científico del no científico, existe un único método científico para todas las ciencias y ese método garantiza que siempre se llegue a la verdad o se alcancen resultados científicos.

En *Contra el método*, Feyerabend se presenta abiertamente como “anarquista”, aunque en *Tratado contra el método*, ante las críticas que recibió y los malentendidos a los que dio lugar el uso de ese término, prefirió presentarse como “dadaísta”.

La palabra “anarquista” tiene demasiadas connotaciones para poder ser utilizada sin ninguna aclaración. Feyerabend, no obstante, de manera característica en él, no realizó prácticamente ninguna aclaración ni mucho menos proporcionó una definición al respecto. Así que lo único que nos queda es arriesgar alguna a partir de la lectura de sus textos.

Feyerabend acepta que aunque el anarquismo “tal vez no constituye la filosofía política más atractiva”, sin embargo, es “una medicina para la *epistemología* y para la *filosofía de la ciencia*” (Op. cit., p. XV). Feyerabend no desarrolla la idea de por qué el anarquismo no es la filosofía política “más atractiva” y en el texto defiende una línea política más bien “liberal”, un liberalismo extremo, e incluso aboga por

la democracia (con la cual estaría en contra un anarquista radical, pues supondría la existencia de un poder, aunque sea en manos del pueblo). Un problema con lo que dice Feyerabend es si se puede ser anarquista en el terreno de la ciencia y no serlo en el de la política, pero un problema más importante es si verdaderamente es un “anarquista” en algún sentido de la palabra.

Anarquismo significa etimológicamente “sin gobierno”. En la filosofía política se le puede entender como una doctrina que aboga por una sociedad (¿?) libre de todo dominio político y en la cual el individuo tendría una libertad sin restricciones. ¿Es eso lo que entiende Feyerabend por “anarquismo”? Un anarquista, nos dice, está en contra de la idea de que existen “leyes de la Razón” y “se opone a cualquier tipo de restricción y pide que se permita al individuo desarrollarse libremente, desembarazado de leyes, obligaciones o deberes” (Ibid., p. 5).

Igualmente, sostiene que los dadaístas no sólo no tenían algún programa sino que se oponían a todos los programas (Ibid., p. 17, nota 20), por lo que parecería que para Feyerabend el anarquismo sí es opuesto a la ley, al orden y a todo *arché*.

Pero en la nota a pie de página 12 aclara un poco más qué entiende por anarquismo: reconoce que su idea del anarquismo se aleja de lo que comúnmente se entiende por él, por eso propone que, más bien, se lo entienda como una clase de *dadaísmo* (la corriente artística de principios de siglo, encabezada por Tristan Tzara), pues su anarquismo es más “frívolo” que el de los serios anarquistas políticos, ya que un anarquista epistemológico se preocupa por las vidas de los hombres y por su felicidad y no sería capaz de hacerle daño a nadie (por ejemplo, no sería capaz de realizar un atentado terrorista ni aprobaría su realización).

Por el contrario, el anarquista epistemológico o dadaísta “está convencido de que una vida que merezca la pena sólo será factible cuando empecemos a tomar las cosas a la ligera y cuando eliminemos del lenguaje aquellos significados profundos, pero ya putrefactos que se han ido acumulando a lo largo de los siglos (‘búsqueda de la verdad’, ‘defensa de la justicia’, ‘amor apasionado’, etc., etc.)” (Ibid., p. 6).

Feyerabend nos dice que “la ciencia es una empresa esencialmente anarquista” (Ibid., p. XV). Entiéndase: la ciencia es, ha sido y será anarquista, además debe serlo y hay que oponerse a quienes creen lo contrario; el anarquismo es, pues, un movimiento con ideales, propósitos, etc.

Pero también nos dice que “el anarquismo teórico es más humanista y *más adecuado para estimular el*

*progreso* que sus alternativas basadas en la ley y el orden”.

Finalmente, ofrece una justificación *pragmática* de su anarquismo o dadaísmo: es “más adecuado para estimular el progreso”; nótese: el criterio de éxito es contribuir al progreso y Feyerabend  *Cree* en el progreso.

Podemos resumir diciendo que para Feyerabend “anarquismo” es estar en contra de todo orden o ley que inhiba la libertad de los individuos e ir en contra de lo establecido, tomar las cosas a la ligera, así como preocuparse por la felicidad humana y que él es un anarquista *sui generis* que cree en el progreso y la democracia. Es decir, es más bien un liberal, pero un liberal revoltoso (por lo menos en lo que dice).

La crítica que generalmente se hace al anarquismo es que es autocontradictorio, insostenible e imposible (¿puede haber una “empresa” anarquista?, ¿un anarquista debería creer o hablar del “progreso”?, ¿un anarquista no sigue la ley inflexible de *siempre* ser anarquista?, etc.), pero esa crítica sale sobrando si se reconoce que Feyerabend no es realmente un anarquista.

Según Feyerabend, uno de los problemas fundamentales sobre la ciencia (además del problema de su función política) es el de “cuál es su estructura, cómo se construye y evoluciona”<sup>8</sup>.

Por ello, a la filosofía de la ciencia le preocupa “¿qué es la ciencia?” (si es que es algo), esto es, qué es lo característico de las actividades consideradas como “científicas” y qué las distingue de las no científicas; es decir, el problema de la “demarcación” (como diría Popper).

La respuesta de Feyerabend a dicho problema es que “la ciencia no presenta una estructura, queriendo decir con ello que no existen unos elementos que se presenten en cada desarrollo científico, contribuyan a su éxito y no desempeñen una función similar en otros sistemas”<sup>9</sup>.

Pero en la cita anterior Feyerabend dice más de lo que debería decir: debería decir, simplemente, “la ciencia no tiene una estructura única, inmutable, etc.”, lo cual no excluye que sí tenga una estructura de otro tipo, no obstante, para él o bien existe una estructura de ese tipo o bien no existe ninguna estructura en absoluto.

En efecto, es verdad que la ciencia no tiene “una” estructura:

<sup>8</sup> *Tratado contra el método*, p. 1.

<sup>9</sup> Loc. Cit.

1) la ciencia no ha tenido una *única* estructura en toda su historia, sino muchas; no obstante, es innegable que en cada época sí ha tenido *cierto tipo* de estructura;

2) no existe una estructura o método que asegure el éxito en todas las circunstancias; sin embargo, sí existen estructuras y métodos que ayudan a alcanzarlo con más probabilidad.

Además, podemos objetar a Feyerabend que la idea de que existe un único “método científico”, quizá, se puede encontrar en algunos filósofos de la ciencia *positivistas*, pero, más bien, es propia de los libros de texto o de divulgación (acerca del “método científico” o la “metodología de la ciencia” o que incluyen capítulos sobre este tema). Así que Feyerabend únicamente está atacando un *mito*, pero uno más bien simplón.

Pido perdón por ser tan quisquilloso, pero creo que no debemos dejarnos envolver por la propaganda de Feyerabend y que, al contrario, debemos analizar cada proposición por separado y después la conexión que existe entre ellas.

Una cosa es decir que la ciencia “no tiene una estructura” (si se entiende por “estructura” un “método” y al método como un conjunto de reglas infalibles para llevar a cabo algo con exitosamente) pues es un hecho que no existen reglas que garanticen siempre el éxito y reglas permanentes, para toda época y lugar (lo cual podría ser fácilmente probado por medio de estudios históricos o del proceder real de los científicos), pero otra cosa es concluir que la ciencia nunca ha tenido, no tiene ni puede tener ningún tipo de estructura y que “todo sirve” o que “todo vale”, como termina haciendo Feyerabend.

Lo anterior puede sonar a sermones dominicales, pero lo que quiero señalar es que Feyerabend dice cosas que no valen y que no sirven (casi para nada) y que, en cambio, dice otras que sí valen y sirven.

Feyerabend formula el principio anterior (la ciencia no tiene estructura) de otra manera: “no hay una racionalidad científica que pueda considerarse como guía para cada investigación”. Notemos que aquí están unidas dos ideas distintas: la primera es que no hay una “racionalidad científica” (lo cual será verdadero o falso dependiendo de cómo se defina ésta, es decir, si se da una definición amplia o estrecha de ella, pues quizá simplemente quiere decir que no hay “una” sino “muchas”); pero otra completamente distinta es que no existe ninguna guía para tener “éxito” en cada investigación, pues es un hecho sí existen algunas guías, desde luego, no absolutamente seguras, pero sí útiles.

Feyerabend se opone a la idea de que la teoría y la práctica estén separadas y de que una precede a la otra. Ahora bien, dice Feyerabend, “si la racionalidad científica no puede separarse de la práctica de la ciencia, si es ‘inmanente a la investigación’ entonces tampoco puede ser formulada ni entendida fuera de situaciones específicas de investigación”<sup>10</sup>.

Lo anterior implica que Feyerabend descarta la filosofía de la ciencia en abstracto y considera que ésta debe ser un estudio de casos concretos y particulares de la historia de la ciencia, con lo cual señala un importante defecto de la filosofía de la ciencia: el olvidarse de su objeto de estudio, la ciencia, y dedicarse a especulaciones abstractas sin ninguna referencia a él. Y tiene razón en su crítica.

Y Feyerabend nos dice que “la idea de un método científico que contenga principios firmes, inalterables y absolutamente obligatorios tropieza con obstáculos considerables al ser confrontada con los resultados de la investigación histórica”<sup>11</sup>. Por eso, no tiene sentido para Feyerabend formular “de una forma general y al margen de los problemas específicos” la cuestión de los criterios a los que ha de responder la ciencia<sup>12</sup>.

Y, en efecto, la investigación histórica nos muestra que “no hay una sola regla, por plausible que sea [...] que no sea infringida en una u otra ocasión”<sup>13</sup>.

Y lo importante para Feyerabend es que “esas infracciones no son sucesos accidentales ni son consecuencia de una falta de conocimiento o atención que pudiera haberse evitado. Por el contrario, son necesarios para el *progreso*”, pues la historia muestra, según él, que los desarrollos y descubrimientos científicos “sólo ocurren o bien porque algunos decidieron no someterse a ciertas reglas ‘obvias’ o porque las violan voluntariamente”. Lo cual significa que esa “práctica liberal” no sólo es un “hecho” sino que “es racional y absolutamente necesaria para el desarrollo del conocimiento”<sup>14</sup>.

Pero, de nuevo, una cosa es decir que algunas veces las infracciones a las reglas han tenido efectos positivos y otra que siempre se debe infringir las reglas o que como algunas infracciones han tenido éxito, entonces las reglas nos sirven para nada.

Que las reglas son “obstáculos” es evidente, pues una regla es, precisamente, algo que prohíbe algo (si no lo

hiciera, no sería una regla). Pero las reglas son creaciones humanas y, como tales, se pueden modificar y mejorar.

Además de las razones anteriores en contra del mito de que la ciencia tiene una estructura o un método, Feyerabend ofrece otra: “el mundo que deseamos explorar es una entidad en gran medida desconocida”, por lo que debemos “mantener abiertas nuestras opciones y no restringirlas de antemano”.

En efecto, “la idea de un método fijo, o la idea de una teoría fija de la racionalidad, descansa sobre una concepción excesivamente ingenua del hombre y de su contorno social”;<sup>15</sup> la realidad es que, como el resto de los seres humanos, “los científicos utilizan un procedimiento u otro, adaptan sus métodos y modelos al problema en cuestión”<sup>16</sup>.

Si un científico quiere tener éxito, lejos de adherirse a un único método, debe ser “oportunista”, es decir, debe estar dispuesto a adaptar cualquier procedimiento que parezca apropiado a la situación.

En efecto, dice Feyerabend, parafraseado a Lenin, “para llevar a cabo su tarea, la clase revolucionaria (i. e., la clase de aquellos que quieren cambiar o bien una parte de la sociedad tal como la ciencia o la sociedad en general) debe ser capaz [...] de entender y aplicar, no sólo una metodología particular sino cualquier metodología y cualquier variante de ella que pueda imaginar”<sup>17</sup> y debe estar dispuesta a pasar de una a otra de la manera más rápida e inesperada.<sup>18</sup>

Acepto lo anterior con la condición de que no se lo absolutice, no se piense que el hecho de que los científicos emplean varios métodos a la vez y de que cambian de métodos según la situación significa que no existe algún método que sirva. Sin embargo, eso es lo que hace precisamente el escandaloso Feyerabend cuando dice: “sólo hay un principio que puede defenderse bajo *cualquier* circunstancia y en *todas* las etapas del desarrollo humano. Me refiero al principio *todo sirve*”<sup>19</sup>.

En principio, frente a esa declaración uno duda si un “anarquista” puede utilizar con tal libertad y radicalidad palabras como “cualquiera” y “todo” y si no debería ser más modesto, pues al usarlas, de hecho, está proponiendo algo absoluto. Feyerabend se da perfectamente cuenta de que a partir de lo que dice “podría sacarse la impresión de que estoy recomendando una nueva metodología” que sustituiría

<sup>10</sup> *Tratado contra el método*, p. XVI.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 7

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 1

<sup>13</sup> *Ibid.*, p. 4

<sup>14</sup> *Ibid.*, p. 7

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 12

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 1

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 2.

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 3.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 12

al metodologismo por el anarquismo, pero insiste en que su objetivo “no es sustituir un conjunto de reglas generales por otro”, sino, por el contrario, “convencer al lector de que *todas las metodologías incluidas las más obvias, tienen sus límites*”<sup>20</sup>.

En conclusión, al final Feyerabend es más modesto: no busca negar que existen metodologías o que éstas sirven para algo sino, tan sólo, señalar los límites de las metodologías y cuestionar el dogmatismo con que a veces se les acepta y utiliza.<sup>21</sup> En cierto sentido es verdad que “todo sirve” para algo, pero también es cierto que nada sirve para todo y que hay cosas que no sirven casi para nada y que, igualmente, hay cosas que sirven más o menos que otras.

Es general, es falso que “todo sirve o vale”, es decir, que cualquiera puede hacer cualquier cosa en cualquier momento y lugar, pues existen leyes naturales y reglas sociales que lo impiden.

Por ello, repito, Feyerabend es menos radical de lo que parece (de lo que a él le gustaría y de lo que también le gustaría a sus críticos), ya que reconoce que “hay normas obtenidas de experiencias anteriores, sugerencias heurísticas, concepciones del mundo, disparates metafísicos, restos y fragmentos de teorías abandonadas y de todas ellas hará uso el científico en su investigación” y continúa: “esto no quiere decir que no sean posibles unas teorías racionales que faciliten modelos sencillos para la solución de problemas científicos”.<sup>22</sup>

Es decir, sí hay reglas, pero no absolutas. Pero *sí* las hay.

El libro *Tratado contra el método* debería incluir (si Feyerabend no fuera Feyerabend) un subtítulo en que se aclarara que ese libro está en contra de la idea de que existe un método único, inmutable, obligatorio, infalible, etc.

En efecto, ¿qué puede significar “contra el método”? ¿Sin “ningún método” o contra la idea de que existe “un único” método? Dependiendo de cómo se entiendan estas ideas, lo que dice Feyerabend será verdadero, correcto o hasta válido o será lo contrario.

Sería fácil calificar la postura de Feyerabend de “irracionalista”, dándole, de esta manera, la razón, pues ello sería tanto como aceptar que la racionalidad solamente puede ser cuadrada y que si no lo es, entonces no es racionalidad. Pero la racionalidad no es eso y Feyerabend no es lo que pretende.

<sup>20</sup>Ibid., p. 17.

<sup>21</sup>Además es importante notar que existe una gran diferencia entre “todo sirve” y “todo vale”, pues el primer principio remite a una cuestión práctica, en cambio, el segundo a una deontológica.

<sup>22</sup>Ibid., p. 1

La verdad es que la racionalidad no es tan irracional como cree Feyerabend y que él no es tan irracionalista como quisiera. Feyerabend es, si dejamos por un momento el escándalo, un *racionalista moderado*, entre muchos otros.

La primera regla del anarquismo epistemológico es, como las otras dos (la contrainducción y el pluralismo teórico), fundamental para la posición de Feyerabend pues en ella se funda su cuestionamiento sobre el papel que juega la ciencia en nuestra cultura (la ciencia en una sociedad libre o democrática, que, en momentos, Feyerabend plantea como “ciencia vs. libertad y democracia”) y si es correcto lo que he tratado de mostrar, entonces también sería necesario revisar dicho cuestionamiento, pero esto último, por cuestiones de espacio, lo dejaré en manos del lector.

### III. Matizaciones: lo que Feyerabend nunca dijo y que siempre ha sido malinterpretado

Posteriormente a *Tratado contra el método* Feyerabend hizo importantes aclaraciones y “matizaciones” que confirman la idea de que lo que realmente propone es un racionalismo moderado, esto es, que solamente está en contra de la fe irracional, dogmática, en el método científico o en la idea de que la ciencia tiene una estructura inmutable.

Sé que puede resultar reiterativo e innecesario considerar las “matizaciones” que hizo Feyerabend después de la publicación de *Tratado contra el método*, pero creo que ello es indispensable para no caer en el pecado de “analfabetismo” que Feyerabend achaca frecuentemente a sus críticos

En sus textos posteriores a *Contra el método* y *Tratado contra el método*, por ejemplo, en *Ciencia en una sociedad libre*, Feyerabend dice que ha encontrado que todos sus “críticos” le “atribuyen puntos de vista que nunca le pasó por la cabeza sostener<sup>23</sup> y que le reprochan decir lo que no dice y no decir lo que sí dice<sup>24</sup>.

En el libro *Tratado contra el método*, nos dice Feyerabend en *Ciencia en una sociedad libre*, hay “argumentos [...] cuentos de hadas... retórica... comentarios”<sup>25</sup>; es más, el libro contiene “un 85 por 100 de exposición y argumentación, un 10 por 100 de conjetura y un 5 por 100 de retórica”<sup>26</sup>; no obstante, lamenta Feyerabend, “los únicos pasajes que los críticos parecen tener en cuenta son aquellos en que, con un suspiro de alivio”, él deja de “argumentar” y se dedica “un poco a la retórica”<sup>27</sup>. Además, los críticos

<sup>23</sup>(Op. cit., p. 181)

<sup>24</sup>(Ibid., p. 182).

<sup>25</sup>(Ibid., p. 213)

<sup>26</sup>(Ibid., p. 145)

<sup>27</sup>(Ibid., p. 146)

pasan por alto “las sutilezas de la argumentación, la ironía, la forma indirecta de hablar y otros rasgos del discurso civilizado”<sup>28</sup>, pero eso sí, “luego viene la valoración moral, para emplear términos más sencillos, los insultos”<sup>29</sup>.

Aunque parezca sorprendente para quienes creen que Feyerabend (para bien o para mal) es un “irracionalista”, éste reprocha a todos sus críticos “el desprecio por la argumentación” y “la virulencia de la reacción”<sup>30</sup>; ya que pasan por alto las matizaciones, matizaciones que son importantísimas, pues para Feyerabend “hay muy pocas cosas de las que podemos hablar ‘en general’” y “que las observaciones que hacemos y los consejos que damos deben tener en cuenta una situación concreta”; por ello “cualquiera de las afirmaciones” que hace “tiene este carácter específico”.

Pero nada de eso importa a los críticos, lamenta Feyerabend, pues “saltan alegremente de página en página” quedándose únicamente con las frases que los sobresaltan<sup>31</sup>; no es raro, entonces, que las interpretaciones de su libro rara vez sean “como cabría esperar de un sofisticado retórico- distorsiones conscientes”, sino que “casi siempre son meros errores de lectura y comprensión”<sup>32</sup>.

Y como Feyerabend encuentra que sus críticos son ignorantes de los principios elementales de la argumentación, se propone darles “una breve lección de lógica para bebés”: 1) un argumento no revela siempre las verdaderas convicciones del autor, es decir, “un argumento no es una confesión sino un instrumento destinado a hacer cambiar de opinión a un adversario” y 2) “del hecho de que un razonamiento cuente con una premisa no se sigue que el autor acepte dicha premisa... ”<sup>33</sup>.

Los anteriores principios implican, sostiene Feyerabend, que su propósito al argumentar no es establecer la verdad de una proposición sino hacer cambiar de opinión a sus adversarios” y que utiliza estos “argumentos” porque imagina que “un racionalista se verá afectado por ellos de un modo fácil de predecir”<sup>34</sup>.

Por lo mismo, respecto de su postura anarquista o dadaísta, reconoce que no dispone de argumentos para respaldarla y que la considera, sencillamente, “una cuestión de idiosincrasia”<sup>35</sup>.

<sup>28</sup>(Ibid., p. 214)

<sup>29</sup>(Ibid., p. 215).

<sup>30</sup>(Ibid., p. 145)

<sup>31</sup>(Ibid., p. 148)

<sup>32</sup>(Ibid., p. 164).

<sup>33</sup>(Ibid., p. 182).

<sup>34</sup>(Ibid., p. 166).

<sup>35</sup>(Ibid., p. 153).

No sólo eso, sino que de manera “coherente” con lo anterior, Feyerabend afirma que se “reserva el derecho” de actuar conforme al anarquismo o no hacerlo, pues, dice, “mi vida privada y mi libro son dos cosas distintas” y él realmente prefiere ¡“una vida ordenada”!<sup>36</sup>.

Finalmente, Feyerabend plantea cuatro tesis sobre la incompetencia de los profesionales o sobre la incompetencia profesional:

1) “el discurso racional es sólo una de las formas de presentar y examinar una cuestión, y en modo alguna la mejor”, pero “nuestros nuevos intelectuales no tienen consciencia de sus limitaciones ni de lo que queda fuera del mismo”<sup>37</sup> (“la tan admirada conjunción de la lógica formal y la filosofía ha fomentado la ignorancia al suministrarle su *organon*”, Ibid., p. 240);

2) “aunque nuestros nuevos intelectuales ensalzan las virtudes de la discusión racional, rara vez se someten a sus reglas. Por ejemplo, no leen aquello que critican y su comprensión de los argumentos es de lo más rudimentaria”<sup>38</sup>;

3) “los estudios históricos son tratados de forma sumaria u olvidados por completo aun en aquellos casos en que constituyen el núcleo de la argumentación”<sup>39</sup>;

4) “cuando se ponen en duda sus creencias fundamentales [...] nuestros nuevos intelectuales recitan frases estereotipadas del breviarío racionalista sin pararse a argumentar”<sup>40</sup>.

Quizá alguien se pregunte: “por qué habría un anarquista de prestar atención a la irracionalidad de sus críticos”<sup>41</sup>; Feyerabend responde que “un anarquista no está por supuesto obligado a desestimar la argumentación. La argumentación no queda abolida; sencillamente se restringe su uso. En último término, ‘todo vale’ significa que la argumentación también vale”<sup>42</sup>. Esto es, precisamente, lo que lo que sostengo en este texto.

Los rasgos de “analfabetismo” que Feyerabend encuentra en sus críticos no son, desafortunadamente, exclusivos de éstos, sino que podemos encontrarlos en cualquier lado, a nuestro alrededor, por lo que en parte tiene razón, aunque no totalmente.

Por ejemplo, un problema con lo que dice es que se está autoinmunizando en contra de la crítica, pues

<sup>36</sup>(Ibid., p. 212).

<sup>37</sup>(Ibid., p. 220).

<sup>38</sup>(Ibid., p. 220).

<sup>39</sup>(Ibid., p. 222).

<sup>40</sup>(Ibid., p. 226).

<sup>41</sup>(Ibid., p. 211).

<sup>42</sup>(Ibid., p. 212).

si resulta que nadie lo ha entendido y que no dijo lo que dijo y que lo que dijo realmente no lo sostiene, entonces cualquier crítica sale sobrando y él siempre tendrá la razón.

Cuando se critica un argumento poco importa si quien lo formuló acepta o no las premisas o la conclusión, es decir, cuáles son sus creencias respecto a ellas, pues se critica al argumento no a su autor (criticar a un argumento atacando a su autor es, simplemente, una falacia).

Uno no puede evitar preguntar por qué, si es verdad que “todo sirve” o “todo vale”, entonces Feyerabend es tan virulento y tan quisquilloso con las interpretaciones y las críticas que se han hecho a sus textos. Una posible respuesta a esta pregunta sería que dichas interpretaciones y críticas se oponen a los valores que defiende y que, por el bien de la humanidad, Feyerabend las combate. Sin embargo, está respuesta no parece coherente en un anarquista que no toma “nada en serio” y que no cree en las “grandes causas”.

Más bien, la respuesta es que Feyerabend reconoce que sí hay buenas y malas lecturas, interpretaciones justificadas e injustificadas, críticas correctas e incorrectas, argumentos válidos e inválidos, etc., es decir, acepta lo mismo que cualquier racionalista y, por consiguiente, reconoce que “no todo sirve” y que “no todo vale”, existen ciertas reglas y ciertos métodos para leer, interpretar y criticar.

En *Ciencia en una sociedad libre*, Feyerabend nos dice que *Tratado contra el método* “es un intento prolijo y bastante pedestre de criticar ciertas ideas sobre la ciencia y la racionalidad, de descubrir los ídolos que se esconden detrás de las ideas y de ponerlos en el lugar que les corresponde”. Los ídolos a los que se refiere son “la Verdad, la Honradez y el Conocimiento (o la Racionalidad)” y sus ramificaciones metodológicas con un cuarto ídolo: la Ciencia.<sup>43</sup> “Destrucción de ídolos”, ¡vaya escándalo!

También nos dice que el objetivo de su libro consistía en mostrar que “algunas de las reglas muy sencillas y plausibles que tanto filósofos como científicos consideraban componentes esenciales de la racionalidad eran violadas en el curso de episodios que ellos consideraban igualmente esenciales [...] Más concretamente, trataba de mostrar: a) que las reglas (criterios) eran *realmente violadas* y que los científicos perspicaces eran conscientes de las violaciones; y b) que tenían que ser violadas. Insistir en las reglas no habría mejorado las cosas, sino que habría interrumpido el progreso”.<sup>44</sup>

<sup>43</sup> *Ciencia en una sociedad libre*, p. 145.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 9

Feyerabend acepta que “el hecho de que una regla sea violada en un caso no la hace inútil en otros o a la larga”<sup>45</sup> y que “las reglas y los criterios son válidos en ciertas condiciones bien especificadas”, es decir, ha moderado su postura y, en realidad, está propugnando por un racionalismo razonable, semejante al que le objetan sus críticos, como yo. Por ejemplo, sostiene que no ha limitado “a criticar los criterios, las reglas y los procedimientos”, sino que también ha intentado “hacer ver cuáles fueron los procedimientos que ayudaron a los científicos en su trabajo”.

También acepta que, a pesar de que “todas las reglas tienen sus limitaciones”, ello no significa que “debamos proceder sin reglas”, o sea, defiende “un enfoque contextual, pero no que las reglas conceptuales vayan a *reemplazar* a las reglas absolutas sino sólo a *complementarlas*”. Más aún, afirma que no trata de “eliminar las reglas” ni “demostrar su inutilidad”, sino que, simplemente, busca “ampliar el repertorio de reglas y sugerir asimismo un nuevo uso de éstas”, ya que es este “*uso*” lo que caracteriza a su postura y no “el *contenido* de una regla”.<sup>46</sup>

Incluso confiesa: “*Yo mismo he formulado lo que considero sugerencias metodológicas racionales* y me opongo únicamente a los métodos *universales* que hacen abstracción tanto del contenido de la teoría como del contexto de discusión”.<sup>47</sup>

Aunque también es verdad que sigue sosteniendo que “nadie puede decir cuáles serán las reglas y los criterios que serán suprimidos ni cuáles los que seguirán vigentes”.<sup>48</sup> Lo cual no representa ningún problema para un auténtico racionalista que no pretende ser profeta ni cree en las profecías. Lo que me pregunto es si después de tantas y tan radicales “matizaciones”, Feyerabend no ha dejado de ser Feyerabend, es decir, si no ha perdido la originalidad, la radicalidad, etc., que lo han caracterizado y vuelto célebre y si no está diciendo lo que diría cualquier racionalista razonable.

#### IV. Conclusión: el racionalismo moderado

Se han hecho diversas críticas a Feyerabend, pero con las matizaciones que ha hecho de sus ideas, dichas críticas tendrían que ser, a su vez, matizadas.

Soy franco: a diferencia de muchos críticos, no he encontrado la “gran contradicción lógica” que invalidaría el trabajo de Feyerabend ni tampoco he encontrado en él al asesino confeso de la ciencia o de la fi-

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 193.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 167.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 194.

lososofía de la ciencia. Las cosas son más complicadas de lo que quieren algunos.

En las páginas anteriores creo haber demostrado lo siguiente:

- 1) la postura de Feyerabend, su “anarquismo metodológico”, es más coherente de lo que muchos piensan y de lo que él mismo acepta;
- 2) Feyerabend presenta su postura en términos innecesaria y desorientadoramente exagerados y radicales;
- 3) en ella se pueden encontrar proposiciones verdaderas y razonamientos correctos pero, también, otros que no lo son.

A continuación intentaré presentar la concepción feyerabendiana de la argumentación, porque, creo, ayudará a entender mejor su “estilo”, pero, sobre todo, servirá para comprender su concepción sui generis de la racionalidad.

Feyerabend se opone a la relación que comúnmente se establece entre la teoría y la acción, según la cual la teoría es primero y la acción después. La verdad, dice Feyerabend, es que la teoría y la acción “constituyen muy a menudo partes de uno y el mismo proceso indivisible”<sup>49</sup>. La visión feyerabendiana es, pues, “dialéctica” y cercana al concepto marxista de la praxis.

Por lo mismo, Feyerabend también se opone a la idea de que un argumento llega a convencer, simplemente, por su “fuerza lógica” o porque es expuesto con claridad. Lo que realmente ocurre, dice Feyerabend, es que un argumento convence por sus “efectos materiales” que provienen del “entrenamiento” al que ha sido sometido el escucha: “un racionalista amaestrado será obediente a la imagen mental de su amo, se conformará a los criterios de argumentación que ha aprendido, se adherirá a esos criterios sin importar la confusión en la que se encuentre, y será completamente incapaz de darse cuenta de que aquello que él considera como ‘la voz de la razón’ no es sino un post-efecto causal del entrenamiento que ha recibido”.

Así, cuando la argumentación resulta muy débil o cuando la argumentación ha perdido su poder de convencimiento para convertirse en causa de la acción, según Feyerabend, se debe recurrir a “medios más fuertes y más ‘irracionales’”. En efecto, “incluso el racionalista más puritano se verá forzado entonces a dejar de razonar y a emplear la propaganda y la coerción, no porque alguna de sus razones haya dejado de ser válida, sino porque han desaparecido las condiciones psicológicas que las hacen efi-

caces y capaces de influir en los otros. ¿Y –pregunta Feyerabend– cuál es la utilidad de un argumento que deja a la gente impertérrita”<sup>50</sup>.

Como vemos, Feyerabend pone en duda del carácter positivo de la argumentación pues “hay incluso circunstancias [...] en las que la argumentación pierde su prometedor aspecto o se convierte en obstáculo para el progreso” (Ibid., p. 8): argumenta que la argumentación no es siempre la causa de las transformaciones en la vida de las personas o en la evolución de la ciencia y que, más bien, son los “cambios catastróficos”, físicos, políticos, sociales, etc., extra-argumentativos, la causa de dichas transformaciones y que, en estos casos, “la única función de la argumentación racional quizás radique en aumentar la tensión mental que precede y causa la explicación de la conducta”<sup>51</sup>.

Feyerabend pone el dedo en un punto que, hasta hace poco, había sido olvidado o subestimado en la filosofía occidental: el hecho de que un argumento no sólo es aceptado por su “fuerza lógica” sino también por su fuerza material (no me refiero a sus “contenidos” si, como diría Michel Foucault, no a su carácter de “cosa”) o por razones “extralógicas”.

Dicha idea nos remite, de hecho, a los sofistas. Efectivamente, para Feyerabend la tarea del científico, como la del sofista, es “hacer de la causa más débil la causa más fuerte”<sup>52</sup>. “Un anarquista –nos dice– se parece a un espía que entra en el juego de la Razón para socavar la autoridad de la Razón (Verdad, Honestidad, Justicia, etc.)”<sup>53</sup>. Lo cual, a su vez, nos recuerda a la deconstrucción derridaiana (de Jacques Derrida).

Resumiendo la concepción feyerabendiana de la argumentación: él no cree en ella, la usa con fines puramente pragmáticos, para convencer a los demás.

Pero, de nuevo, la lectura de Feyerabend despierta algunas interrogantes: ¿es posible esa actitud de “extraterrestre” o de “más allá del bien y el mal” que adopta, es decir, usar la argumentación sin comprometerse con ella?

Además, si es verdad que a Feyerabend lo único que le interesa es persuadir, tenemos que constatar que no ha tenido éxito en su empeño, pues casi ningún “racionalista” ha aceptado lo que dice.

Creo que Feyerabend está (raro en él) yendo a los extremos: es verdad que aceptamos un argumento no

<sup>49</sup> (*Contra el método*, p. 10).

<sup>50</sup> (Ibid., p. 9).

<sup>51</sup> (Ibid., p. 9).

<sup>52</sup> (Ibid., p. 15).

<sup>53</sup> (Ibid., p. 17).

sólo por razones “lógicas” (porque existe una relación de consecuencia entre premisas y conclusión), sino también por razones psicológicas, sociales, políticas, etc.; pero es falso que la corrección de un argumento o el hecho de que sus premisas y su conclusión sean verdaderas no influyen para nada en su aceptación, pues un argumento también nos persuade si es válido o, en ocasiones, nos persuade porque es válido.

Es decir, si efectivamente Feyerabend quiere persuadir a los racionalistas (a los verdaderos racionalistas, quienes, como he venido diciendo, son moderados y razonables: reconocen y aceptan los límites de la razón), entonces no solamente debe utilizar la propaganda, sino que también tiene que ofrecer buenos argumentos y si hace eso, entonces, a pesar de sus creencias, se comportará como ellos.

Tiene razón Feyerabend cuando trata de mostrar que las reglas (de la argumentación, por ejemplo) son simplemente humanas y que por ello no tienen ningún fundamento último o metafísico; pero sí existen, son efectivas, nos constituyen en lo que somos e, inevitablemente, tenemos que hacer uso de ellas. Pero lo importante es que, dada esa concepción de la argumentación (y en consecuencia de la racionalidad), no es raro que escriba como lo hace; por el contrario, es completamente coherente con esos presupuestos.

Precisamente, en *Matando el tiempo* dice: “La mayoría de los críticos me acusaban de incoherencia: soy anarquista, pero aún así argumento. Esta objeción me dejó atónito. Una persona que se dirige a un racionalista, puede argumentar sin duda con ellos. Esto no significa que él crea que los argumentos resuelven un problema, son ellos quienes lo creen. Así pues, si los argumentos son buenos (en sus términos), deben aceptar el resultado. Parecería que los racionalistas consideraban el razonamiento como un ritual sagrado que pierde su poder cuando es utilizado por un no creyente”<sup>54</sup>. Tiene razón Feyerabend, pero también es cierto que la falta de creencia en los poderes de la argumentación no hace que éstos, mágicamente, desaparezcan.

4) en sus escritos posteriores a *Tratado contra el método*, en los que respondió a sus críticos y en los que pretendió disolver algunos malentendidos, modificó su posición y realizó importantes matizaciones, que le llevaron a adoptar posiciones más moderadas y razonables;

5) de hecho, desde *Tratado contra el método*, si eliminamos el “estilo” de sus escritos, ya propugnaba

por un racionalismo moderado, para el cual no existen criterios racionales absolutos, universales, eternos, infalibles, etc., pero, a pesar de ello, aunque sí algunos criterios confiables.

En el texto he puesto énfasis en los aspectos negativos de la propuesta de Feyerabend porque los positivos (no existe “un” método científico, no existen reglas absolutas, la ciencia no debe ser dogmática, etc.), son evidencias que cualquier verdadero racionalista acepta. Feyerabend nos muestra que existen concepciones irracionales de la racionalidad, muchas de las defensas que se hacen de ella son irracionales y también nos enseña otra cosa muy importante: algunos ataques en contra de ella presuntamente “irracionalistas” son más racionales de lo que aparentan. Si eliminamos el “estilo de Feyerabend” de los textos feyerabendianos quedará menos de lo que teníamos originalmente (seguramente algo menos divertido), pero nos quedará algo mejor: un racionalismo razonable.

## Bibliografía

1. Durán, M. A., *Feyerabend (1924-1994)*, Ediciones del Orto, Madrid, 2001.
2. Feyerabend, P., *Los límites de la ciencia. Explicación, reducción y empirismo*, Paidós, Barcelona, 1989.
3. ———, “Cómo ser un buen empirista: petición de tolerancia en asuntos epistemológicos” (en) P. H. Nidditch (compil.), *Filosofía de la ciencia*, FCE, México, 1968.
4. ———, “Consuelos para un especialista” (en) I. Lakatos y A. Musgrave (eds.) *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Grijalbo, Barcelona, 1975.
5. ———, *Contra el método*, Ariel, Barcelona, 1974.
6. ———, *Tratado contra el método*, Tecnos-REI, México, 1992.
7. ———, *La sociedad en una ciencia libre*, Siglo XXI, México, 1982.
8. ———, *Diálogos sobre el método*, Cátedra, Madrid, 1989.
9. ———, *Adiós a la razón*, Tecnos, Madrid, 1987.
10. ———, “Problemas del empirismo” (en) L. Olivé y A. R. Pérez Ransanz (compils.), *Filosofía de la ciencia: teoría y observación*, Siglo XXI-UNAM, México, 1989.

<sup>54</sup>(Op. cit., p. 139).

11. ———, *¿Por qué no Platón?*, Tecnos, Madrid, 1993.
12. ———, *Diálogos sobre el conocimiento*, Cátedra, Madrid, 1994.
13. ———, *Matando el tiempo. Autobiografía*, Debate, Madrid, 1995.
14. ———, *La conquista de la abundancia*, Paidós, Barcelona, 2001.
15. ———, *Ambigüedad y armonía*, Paidós, Barcelona, 1999.
16. ———, *Farewell to Reason*, Verso, Londres, 2002 (un libro completamente diferente a *Adiós a la razón*).
17. ———, *Provocaciones filosóficas*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2003.
18. Lakatos, I. y P. Feyerabend, *For and Against Method* (escritos y correspondencia), edición e introducción de M. Motterlini, The University of Chicago Press, 1999.

cs